

MATI Y LAS NORUEGAS

Oli Pijoan

Oli Pijoan cursó —un tanto equivocadamente— la carrera de ciencias y técnicas de la comunicación, para después dedicarse de lleno a las letras. Es cuentista y novelista. Ha colaborado en diferentes revistas virtuales e impresas. En la actualidad trabaja en una apasionante novela de ficción, esperando ganar algún premio de renombre para jubilarse temprano y retirarse a seguir creando frases al mar.

De no ser por el incesante bullicio que el mar ejerce en los oyentes a las mañanas, se podría casi afirmar que esta marabunta de noruegas, desembarcadas todas con el semblante típico de quien está por probar un pedacito de vida, no es sino un artificio creado por los excesos salinos.

Estaba Mati sobre la arena, y jugaba con ella, haciéndola deslizarse por entre sus dedos. La brisa húmeda y ufana del Caribe le peinó los pensamientos, y al vuelo de las fragatas respondió con un leve suspiro, símbolo inequívoco de su intrínseca paz. A sabiendas del paquete europeo que estaba por poblarle la vista aquel día, Mati atinó a prepararse para lo que estaba por venir, pues no es sino cierto que alguno alguna vez lo hubo titulado con aquello de *Trabajador del Amor*, y los títulos uno debe tomárselos bien en serio y defenderlos hasta con la vida misma.

Y allá en el Poc-Na se dejaban venir cientos de noruegas, fiesta de corazones para las testosteronas en turno. Ellas, inocentes diablas, las pobrecillas, desconociendo aún su estatus de reinas pasajeras, dejaban asomar las pieles por entre los discretos escotes y las bambulas, y al retozo intermitente de las palmeras hacían excelente pareja. Las otras féminas

del lugar que habían tenido el infortunio de llegar al mundo en cualquier otro país que no fuese Noruega, palidecieron y se supieron de inmediato los futuros platitos de segunda mesa de todos aquellos cuyos encantos fueran insuficientes en la conquista de las tierras altas de Europa. La envidia les colmó las venas y en la mirada se les comenzó a notar, casi de inmediato, un odio de índole psicótico que amenazaba con hacer rodar cabezas a los cuatro vientos.

...Son tantas y de tan diversos tipos las cosas que a Mati le gustan, pero entre sus favoritas está la manera por poco pueril en la que estas chicas platinadas se untan el bronceador, y también el rojo crustáceo que a algunas se les pinta en la cara después de arduos baños de sol. Ellas, en cambio, parecen desfallecer al contacto con tersuras sudamericanas, será tal vez una cosa genética, una atracción irrefutable a la que

no logran negarse. Y será quizá por esta razón que a Mati lo persiguen totalmente enloquecidas, con las manos a las fauces, venga a jalarsse los pelos frenéticamente y a llamar y a llamar y a llamar. Él, con el indescifrable color de los ojos haciéndole juego al alma, prefiere a veces hacer caso omiso de tan evidentes muestras de frenesí y pasar un tiempo con los amigos. Y por esto y otras cosas se le quiere.

Pero al laburo hay que volver, y cuando se trabaja en esto del amor regularmente se requiere de mucha energía y muchas ganas, ambas sobrantes en Mati, muy para la gloria y el azote febril de las noruegas. Así que venga, manos a la obra que hay aún mucho por hacer, mucho desfile hormonal y muchas risas por delante, y encima; los días en este soñado y recóndito espacio de planeta no duran más que 24 horas...•

